



ENTREVISTA A ROSA NAVARRO DURÁN: ADAPTADORA DE CLÁSICOS PARA NIÑOS Y ESTUDIANTES

DAVID GARCÍA PONCE

UNIVERSITAT DE BARCELONA

Rosa Navarro Durán es catedrática de Literatura Española de la Universidad de Barcelona donde ejerce como profesora desde 1969. Es especialista en literatura del Siglo de Oro, periodo del cual ha llevado a cabo numerosas investigaciones entre las que destaca la demostración de Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V, como autor de El Lazarillo de Tormes. A esta investigación se une su atribución de la Segunda parte del Lazarillo de Tormes a Diego Hurtado de Mendoza. De la Edad de Oro ha editado muchas obras y asimismo es editora de cuatro volúmenes de Novela Picaresca (Biblioteca Castro, 2004, 2005, 2007 y 2008). En el año 2012 se alzó con el premio Algaba por su obra Pícaros, ninfas y rufianes. La vida airada en la Edad de Oro (Edaf, 2012), pero la Dra. Navarro no se ha limitado a este periodo. Como estudiosa de la obra de Francisco Ayala, ha editado textos y ha escritos ensayos sobre este autor. Entre sus publicaciones destacan algunas de contenido pedagógico como: La mirada del texto (Ariel, 1998), ¿Por qué hay que leer a los clásicos? (Ariel, 1996) y una obra que se puede considerar canónica como es Breve historia de la literatura española en colaboración con Carlos Alvar y José Carlos Mainer (Alianza Ed., edición ampliada en 2014).

Desde el año 2000 forma parte del jurado del Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Ha sido coordinadora del área de Filología y Filosofía de la ANEP. Desde 2004 a 2014 ha sido miembro del sector técnico de la Comisión de Política Científica de la Universidad de Barcelona y, desde 2005 a 2009, fue presidenta del Comité de Humanidades para la evaluación del profesorado de la ANECA y ha sido directora del Aula de verano Ortega y Gasset en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo entre los años 2006 y 2012.

Su vocación pedagógica le ha llevado a adaptar obras clásicas para estudiantes y, en los últimos años, a realizar una admirable labor de adaptación de clásicos para niños: El Quijote, Tirante el Blanco, Platero y yo, El Lazarillo, El Cid, La Odisea, Las mil y una noches, Leyendas de Bécquer, Novelas ejemplares de Cervantes, La Eneida, Fábulas, La Biblia, La vida y poesía de Miguel Hernández, La vida y poesía de Federico García Lorca, etc. Es precisamente esta faceta la que va a ocupar buena parte de nuestra entrevista con la profesora Rosa Navarro.

Resulta sorprendente que tras una larga carrera como docente e investigadora incorpore esta labor de adaptadora para niños ¿Cuéntenos un poco cómo comienza esta actividad?

Por azar, como casi todo lo que ha sido importante en mi vida. Estábamos en 2004, y se iba a celebrar al año siguiente el cuarto centenario de la impresión de la primera parte del *Quijote*. Me llamó Reina Duarte, directora de las publicaciones infantiles y juveniles de editorial Edebé, donde dirigía ya la colección de clásicos de esta editorial, y me propuso que adaptara el *Quijote* para los niños. Siempre que el azar llama a mi puerta, le abro y luego me planteo si me gusta su propuesta y si tengo capacidad para llevarla a cabo. Pedí a Reina que me diera un mes para “pensarlo”; en realidad era para ver si sabía hacerlo. Y descubrí que era una labor apasionante: por lo que podía lograr con ella y por lo que me divertía intentando contar lo mismo de forma fácil, pero sin traicionar al texto. Bien es cierto que dos años antes, en 2002, ya había adaptado las *Metamorfosis* de Ovidio para los jóvenes en *Mitos del mundo clásico*, libro publicado por Alianza Editorial y del que se han hecho varias reediciones (la última en 2013); y lo hice porque mis alumnos universitarios de “Comentario de texto” no conocían los mitos y, por tanto, no podían entender muchas obras literarias, musicales, pictóricas..., artísticas en suma.

Mi *Quijote contado a los niños* se ha reimpresso continuamente desde 2005 y se ha traducido a muchas lenguas: desde el coreano al lituano, desde el italiano al holandés. Y su éxito me permitió plantear a la editorial la posibilidad de abrir una colección de clásicos adaptados para niños; en 2012 la crisis y la costumbre cerraron la colección, con doce clásicos y como broche final el libro de libros: la *Biblia*. Y digo “la costumbre” –lo de la crisis no necesita glosa alguna– porque se vendían y siguen vendiéndose solo los títulos conocidos (desde el *Quijote*, el *Lazarillo* al *Cid*, *Platero* y curiosamente la *Odisea*), pero las obras no leídas por la gente, que yo me empeñé en divulgar para que no quedaran olvidadas en un rincón de la memoria de los medievalistas o de la Biblioteca Nacional, fueron un fracaso; por ejemplo, los *Milagros de Nuestra Señora* de Berceo o el *Libro del caballero Zifar*, a pesar de que, adaptadas, son creaciones apasionantes y divertidas. Es curioso comprobar cómo siempre se quiere transmitir lo que se conoce, y se renuncia a vivir con los pequeños la aventura de descubrir una obra desconocida.

Si nos trasladamos al taller, una vez seleccionada la obra, explíquenos qué procedimientos sigue para la adaptación.

Primero tengo que conocer tan bien el libro escogido que pueda reproducir mentalmente su construcción, es decir, poder recordarlo en su unidad. En ese momento viene la decisión de elegir el camino para adaptarlo: trazar el esquema que tengo que seguir para no dañar la estructura, la organización de la obra. Una vez dije que llevaba a cabo un proceso de “jibarización” del texto clásico, y así es: reproduzco la misma unidad aunque a escala mucho menor.

Después empieza el momento de la escritura: con el libro al lado, pero sabiendo ya el camino a seguir. Sé que tengo que evitar palabras no frecuentes y, si alguna es indispensable, encontrar la manera para glosarla sin que moleste a la lectura. Escribir el texto con oraciones cortas si es posible, y dejar entrar mucho aire en él con puntos y aparte. Otra norma esencial es dividir el relato en capítulos breves, cuyo final cercano facilite luego la lectura compartida. Cuando leo, tengo costumbre de mirar cuánto me queda para acabar una unidad, un capítulo, y me gusta mucho ver ese final cerca porque sé que solo desde esa pausa se puede tener idea conjunta de ese trozo leído. Por esa razón, sé que es más fácil leer historias divididas en capítulos breves.

Una vez acabada la escritura, viene la tarea más difícil: la lima. Primero lo leo y corrijo en la pantalla dos o tres veces, y después imprimo el texto porque necesito tener la imagen de la página ¡de nuevo los límites visibles!, y sigo leyendo y puliendo. Cuando ya no puedo añadir corrección alguna, lo dejo reposar como si fuese masa de pan, y al cabo de unos días, lo releo. Si sigo sin poder corregir nada, le doy el visto bueno y mando el documento del texto a la editorial. En ese momento nunca me quedo tranquila, pero me consuela saber que volveré a leerlo en pruebas de imprenta, y ahí sí lo hago como si no fuera un texto mío y puedo poner el punto final a mi tarea sin angustia. Esta reaparece cuando llega a mis manos en forma ya de libro impreso; pero línea a línea, palabra a palabra irá desapareciendo en esa lectura que no tiene ya posibilidad de vuelta atrás.

Muchas de sus adaptaciones son libros clásicos. Obras que muchos niños las tienen en casa y nadie les ha hablado de ellas. ¿Cómo les hace entender que una obra no pasa de moda?, ¿acaso busca referentes actuales cuando les explica las historias?

Si es una obra clásica, tiene el sello de garantía de que no caduca. Solo las obras que no han pasado por el tamiz de los años, de los siglos, pueden tener fecha de caducidad, ¡las clásicas no! Cuando hablo a los niños, a los adolescentes, en escuelas, en institutos, se lo demuestro destacando en los libros pasajes completamente actuales; pero en la adaptación no puedo actualizar nada porque tengo que ser totalmente fiel al texto escrito. Yo quiero que el niño, cuando sea mayor y lea la obra original, se dé cuenta de que todo lo que sabe es cierto, que así lo contó el escritor, solo que en el texto que él escribió la historia es más compleja, más rica y está narrada con la lengua de la época. Para gozar leyendo a los clásicos no es necesario relacionar lo contado con la vida cotidiana, con nuestro mundo, porque la historia narrada de forma diáfana atrapa, seduce, divierte, ¡nunca vemos a Caperucita en nuestros bosques!

¿Cómo se logra el equilibrio entre diversión y aprendizaje o entre una lectura divertida y su función didáctica?, ¿diríamos que es más fácil transmitir una historia fantástica como las fábulas que una historia como la de Miguel Hernández o García Lorca?

Indudablemente es más fácil atrapar al lector infantil contándole fábulas que hablándoles de la vida de estos dos grandes poetas entremezclada con algunos de sus maravillosos versos; pero hay que intentarlo. También es cierto que en los niños la realidad tiene mucha mayor fuerza que la ficción, y no digo un disparate; siempre me preguntan ellos si don Quijote o Lázaro de Tormes existieron de verdad y, como veo que les disgusta mucho saber que son solo personajes de ficción, he acabado por decirles que no estoy segura, pero que he soñado que sí, que fueron reales. Si aprovechamos “el tirón” de la realidad, podremos convertir la vida de los dos grandes poetas citados o la de Teresa de Jesús en historias interesantes para ellos. Y no hay que olvidar que las maravillosas ilustraciones de Jordi Vila Delclòs son un auténtico anzuelo para que se detengan en las páginas de esos tres libros.

Pongamos un ejemplo. Algunas de sus adaptaciones son obras del Siglo de Oro. ¿Cómo enfoca el contexto aurisecular a los niños?, ¿cómo trabaja el lenguaje?

Yo no añado nada en el relato de la historia, soy totalmente fiel al original; por tanto, no puedo introducir contexto alguno, solo el que figura en las propias obras, y además no necesitan más para atraer al lector: basta que las pueda entender, y esa sí es mi labor. Tampoco pregonó que suprimo lo que sobra en los clásicos - como algún escritor, que no es filólogo, hace - porque es una absoluta estupidez; no tengo más remedio que reducir la materia narrada, pero lo hago con sumo cuidado para no descabalar el relato, y con extremo dolor porque a mí me gustaría contarlo todo, aunque de forma asequible. Sé muy bien que la extensión que tendría entonces el relato lo haría absolutamente inviable y no habría editorial que quisiera publicármelo, ni niños que lo leyeran.

El lenguaje es mi campo de trabajo o de lucha, porque tengo que encontrar un equilibrio entre no traicionar al texto y hacerlo absolutamente familiar al público infantil. Elijo palabras usuales, frases y párrafos breves en unidades o capítulos también cortos. Y confesaré que leo una y otra vez el texto original para intentar que se me pegue algo de su ritmo, ¡y a veces lo logro... o tengo la ilusión de haberlo logrado!

Una comunicación eficaz es básica, ¿qué valoración hace de sus numerosas visitas a centros educativos?, ¿qué recepción ha tenido del público infantil?

Para mí son esenciales esas visitas: me gusta muchísimo hablar con niños, con adolescentes. Además ellos me ponen cara, voz; y el nombre que ven en la portada de mis adaptaciones cobra así sentido. Al mismo tiempo les ayudo a ver la importancia de la lectura de clásicos que están haciendo, y utilizo mis 45 años de experiencia como profesora para hacerles vivir algunos episodios de esos libros que algunos podrían haber visto como ajenos.

Siempre salgo con nuevas energías de mis visitas a colegios, a institutos. Me reciben maravillosamente, me escuchan con gusto, me despiden con aplausos, ¡qué más quiero! En el Liceo Naranjo de Costa Rica, ¡me recibió la uniformada banda de música del colegio! No pretendo tanto; me bastan las miradas atentas, curiosas de los niños. En un colegio de Asturias un niño me pidió si podía darme un abrazo, ¡lo viví con una intensísima emoción! Antes, él mismo me había preguntado: “¿Puedo decir que tu hobby es tu trabajo?”. ¡Nunca nadie había dado en el clavo tan bien!

En alguna entrevista o conferencia de las muchas que usted ha impartido, siempre ha puesto énfasis en el hecho de leer la obra junto a los niños. ¿Le parece que la interacción favorece la comprensión del texto?

Es muy importante hacerlo. Yo le llamo “espacio del afecto” a esos minutos anteriores al momento en que el niño se duerme, cuando quiere seguir hablando con sus padres para no separarse de ellos; hay que aprovecharlos para compartir con él la lectura de un capítulo de un libro. A los dos días, es el propio niño el que pide seguir leyendo más antes de dormirse, y la lectura es un auténtico placer para él, ¡vive así gozosamente con su padre o su madre, o con los dos, esos intensos minutos antes del sueño!

He comprobado además cómo la lectura colectiva en las escuelas da muchísimo fruto. Recuerdo aún el comienzo de mi *Quijote contado a los niños* recitado por toda una clase en una escuela de Murcia, ¡y hace ya bastantes años! Fue para mí un armonioso texto de una seducción absoluta, y ellos lo hacían con el mismo gusto con que yo los escuchaba.

Los que hemos tenido la suerte de ser alumnos suyos sabemos que es una persona que cuenta en su haber con muchas anécdotas que además las transmite con gracia y entusiasmo ¿hay alguna anécdota en particular que le apetezca contar de su etapa como adaptadora?

Cuando los niños me preguntan por qué adapto los libros clásicos, les cuento que en 2004 se me apareció en sueños Miguel de Cervantes, muy triste porque ni los pequeños ni los jóvenes leían su *Don Quijote*; y les reproduzco con detalle mi supuesta conversación onírica con él. Luego añado que ese sueño fue solo el comienzo, porque después volvió otras noches con amigos suyos a llenar mis horas soñadas y que también ellos me pidieron lo mismo, desde Juan Ramón Jiménez a Homero. Hace ya años, un maravilloso niño levantó la mano y su pregunta fue: “¿Estás ahora viéndolos, Rosa?”. Le contesté que no, que en ese momento estaba despierta, no soñaba. Y él siguió: “¿Nada más cierras los ojos para dormirte y ya se te aparecen, Rosa?”. Le dije que no, que solo muy de vez en cuando y al dormir profundamente. El niño entonces suspiró tranquilo y me dijo: “¡Menos mal! Porque, si yo fuera tú, no me dormiría”. Siempre que me acuerdo, me río con gusto, porque había logrado con mi relato atraer más la atención del niño que los propios protagonistas, que los clásicos, pero a cambio les había dado un lugar en mis sueños... reales.

Hasta el momento, ¿Cuál ha sido la obra con la que se ha encontrado más dificultades?

Con la *Odisea*: es una extensa obra escrita en griego y en verso; y yo, que no sé griego, tuve además que reducirla a los límites que la editorial puso a mis adaptaciones para los niños: entre 50 y 60 folios. Otra dificultad añadida es que no era texto de mi especialidad. Recuerdo que, tras leérmela varias veces hasta lograr ver con nitidez el esquema de la epopeya, empecé a escribir con miedo y a la vez con el reto de transmitir la diversión e intensidad del texto, mientras en mi mesa tenía abiertas tres traducciones. Cuando algo chirriaba en la que tomé como base, leía las otras dos, y solo cuando entendía bien lo que se narraba, lo escribía de la forma más sencilla posible. Puse tanto entusiasmo que he logrado que sea uno de mis libros más vendidos y traducidos después del *Quijote*, claro está. ¡A los niños les entusiasma!, les divierte muchísimo, y es la

prueba de que un clásico no caduca nunca. Mis jóvenes lectores saben muy bien qué quiere decir “vivir una odisea”.

¿Se ha encontrado con algún problema con las editoriales o con derechos de autor en alguna de sus adaptaciones?

No, nunca. Siempre me han tratado bien las editoriales; me ofrecen previamente sus condiciones, y las acepto o no; pero nunca me han engañado. He publicado en muchas editoriales, pero en el campo de las adaptaciones casi puedo hablar en singular, porque la editorial –mi casa casi ya– que me publica todos mis clásicos para niños o para estudiantes es Edebé. Bien es cierto que, como un anticipo de lo que iba a ser uno de mis caminos existenciales más placenteros, hice para Alianza Editorial, que es también otra de “mis” editoriales, la versión libre de las *Metamorfosis* de Ovidio, como ya dije. Y publiqué en editorial Edaf una antología de las *Mil y una noches*, porque me pidieron una adaptación de un clásico y no quise entrar en el terreno que reservaba para Edebé.

¿Y con algunas de las traducciones que se han llevado a cabo?

Por desgracia, sí. Tengo dos casos: una editorial de Quebec tradujo al francés mi *Quijote contado a los niños* desde la traducción que se había hecho del libro al catalán ya que tenían una subvención si lo hacían así. Cerré los ojos porque no quise llorar y pensé que los traductores serían espléndidos y que el resultado tal vez fuese bueno. El otro caso fue mucho peor: una editorial brasileña le dio a un escritor infantil de su tierra mi *Lazarillo contado a los niños*: ¡inventando, lo destrozó! Ahí sí me puse firme, y no tuvieron más remedio que retirar la tirada y quitar mi nombre de la portada. ¡El cuentista había destruido nada menos que “mi” *Lazarillo*!

No puedo decir nada de la traducción al coreano del *Quijote*, ¡vaya usted a saber! Ni la del lituano. En cambio, sí he comprobado la fidelidad de otras, por ejemplo, al italiano.

Una vez realizada la adaptación, ¿mantiene algún contacto con el ilustrador?, ¿le piden opinión?

La editorial siempre me consulta sobre los ilustradores, y me refiero solo al caso de Edebé, puesto que es la de mis adaptaciones. Los dibujantes son esenciales, y he tenido la suerte de que me gustan muchísimo las imágenes de mis libros; tanto Francesc Rovira, el ilustrador de mis clásicos para niños, con imágenes entrañables, llenas de dulzura y movimiento, como Jordi Vila Delclòs, que es el que ha creado unas estampas enormemente líricas y muy bellas para la serie de “*La vida y obra de...*”, han sido artistas que han puesto en pie con originalidad y belleza mis textos, les han dado vida. Y, por fin, Mercè Arànega ha creado unas figuras de don Quijote y Sancho a la altura de la imaginación y encanto de sus lectores, de los más chicos, ¡ojalá les gusten como a mí! Siempre he hablado con todos los ilustradores, que a veces me han pedido orientación, como por ejemplo, si era rubio o moreno Ulises. Si caen en algún error, los niños se dan cuenta enseguida: “¿Por qué dices que el Cid al marcharse de su casa deja las puertas abiertas y aquí están cerradas?”. Felizmente un golpe de aire resuelve la situación.

Resulta curioso ver como en una exposición de pintura de arte abstracto, o por lo menos no figurativo, un grupo de niños sigue la visita con mayor atención que un grupo de adolescentes. ¿No le parece que a medida que nos hacemos adultos, si no disponemos de una cultura lectora sólida, tenemos más dificultad en la comprensión de un texto?, ¿cómo interpretan los niños los arquetipos literarios?

Sí, así es. En nuestra etapa infantil somos como una esponja: tenemos curiosidad, imaginación; escuchamos, leemos, ¡prometemos mucho! Y luego... llega el periodo entre brumas de nuestra existencia: la adolescencia, y se borran esos intereses, esas cualidades, y otras preocupaciones agobiantes llenan nuestras horas y nos hunden en el tiempo gris de nuestro aprendizaje. Hay que saber salir de él sin destruir los talentos que teníamos antes. En la lectura se ve muy bien, y en la misma recepción que dan a lo que se les dice. A veces, al hablar a los adolescentes, pierdo la paciencia porque no soporto la indiferencia y el desprecio con que me obsequian algunos, no todos; en cambio, con los niños nunca, nunca me sucede, ¡son un público maravilloso!

Le confesaré que, para encontrar de nuevo a un público tan afectuoso y atento, tengo que remontarme a menudo a la madurez plena del adulto, casi a partir de los treinta o cuarenta años, como si el periodo de la adolescencia se ampliara. Aunque tal vez sea

injusta y no quiero extenderlo a todo el mundo; voy a decir que me ocurre solo algunas veces...

La vivencia de los héroes literarios cambia mucho según sean niños o niñas, o según se los hayan hecho vivir en clase... Hago la primera afirmación, que no me gusta nada, porque he comprobado que a los niños les sigue atrayendo la figura del Cid como valiente y triunfador guerrero, y, en cambio, a las niñas les gusta lo que a mí: que quiere mucho a su mujer y a sus hijas; que, cuando conquista Valencia, en lo primero en que piensa es en pedirle al rey que las deje salir de su tierra para llevarlas junto a él... Y de nuevo tengo que pedir disculpas por la generalización, que me gustaría que fuese desmentida una y otra vez por la realidad; digo solo lo que he oído en muchas visitas a escuelas...

Si tenemos en cuenta que el nivel de comprensión lectora ha bajado entre estudiantes y adultos ¿No le parece que estas adaptaciones pueden ser útiles para un público adulto?

Por supuesto, lo son. Mis adaptaciones “para estudiantes” lo son para todos los públicos; le confesaré que yo misma, cuando tengo que dar una charla sobre una de mis obras adaptadas y no tengo tiempo para releérmela, recurro a la lectura de mi adaptación porque conozco su total fidelidad al original, y no me ofrece obstáculo alguno para la lectura de un tirón. ¿Cuántos adultos han leído hoy *La Celestina* o *El conde Lucanor* o el *Cantar de Mio Cid*? Leer mi adaptación les daría momentos de placer, y al mismo tiempo se harían realmente suyas obras que forman parte de su cultura, de las que solo tienen noticias de oídas.

En más de una ocasión le he oído decir: “Para escribir bien hay que leer mucho”. Sin embargo, los educadores se encuentran con un reto y es el de fomentar el gusto por la lectura a los adolescentes, es un lastre que perdura en la educación secundaria y me atrevería a decir que en la universidad ¿Qué consejos daría a un profesor o a una familia?, ¿aconsejaría algunas obras en particular?

He ido esbozando a lo largo de mis respuestas lo que considero esencial: hay que leer las obras maestras de nuestra literatura y hay que hacerlo en una adaptación fiel y rigurosa para que la lectura sea placentera, divertida, apasionante. Cuando la dificultad de la lengua sumada a la de la complejidad de las alusiones se convierte en un muro que separa al lector de los textos clásicos, no es posible que se trace un puente entre ambos; y es fundamental tenderlo.

Si en los desastrosos planes de estudios no se fomenta la lectura, la tarea queda en manos de profesores y padres; y es esencial que tengan conciencia de la importancia de su labor. Los maestros, los profesores son fundamentales en la formación de nuestros niños, de nuestros jóvenes, y la sociedad tendría que valorar muchísimo más su labor. Y del mismo modo lo son también los padres, cuya función no se limita a alimentarlos, a pagarles los estudios, sino a preocuparse por su formación, a contribuir a que sea sólida, ¡es la mejor herencia que pueden dejar a sus hijos, la que les permitirá abrirse camino en la vida! ¡Menos mimos y más lectura! les aconsejaría yo.

El presente número de *Cuadernos de Aleph* lo dedicamos a la reescritura moderna y posmoderna de los clásicos en la literatura. Usted tiene adaptaciones de personajes universales y de mitos clásicos. ¿Qué función cree que tiene el mito en la educación literaria?

El mito es esencial, pero tendría que dedicar a ello un largo ensayo. Aquí solo puedo mencionar dos funciones: sin su conocimiento no se puede entrar en los grandes museos porque no se sabrá qué representan muchas de sus obras; y sin su vivencia no se pueden escuchar bellísimas obras musicales. Y tampoco se puede entender la poesía amorosa de la Edad de Oro, por ejemplo... ni muchísimas obras literarias. Es decir, no se puede refinar el gusto artístico sin el conocimiento de los mitos.

Pero además el mito intensifica la imaginación, permite la lectura de la realidad... ¡y trescientas cosas más! No hay más que pensar que nosotros, en esta sociedad capitalista, somos Tántalos que vemos a nuestro alcance continuos objetos de deseo, y luego el letrerito del precio nos los aleja sin remedio.

Añadiré que algunos personajes literarios acaban adoptando la condición de mitos: don Juan es uno de los grandes mitos modernos; pero eso me llevaría a un terreno todavía

más complejo, a ver qué es lo que convierte a un héroe literario en mito, en modelo de comportamiento o de explicación de una parcela de la realidad.

Cree que las editoriales cuando deciden hacer una adaptación se rigen por un canon, dicho sea de otro modo ¿a qué criterios obedece la decisión editorial de adaptar un libro?

A las editoriales les interesa vender porque son un negocio y, para mantenerse, les es forzoso hacerlo; deciden publicar libros según el mercado o según los planes de estudio, que también son el mercado. Sin embargo, en el caso de mi editorial, Edebé, puedo decir que la lista de mis clásicos adaptados ha sido fruto de largas conversaciones: yo ofrezco un libro y, si responde a esas supuestas necesidades del mercado, se acepta más rápidamente que si no lo hace; pero confieso que fue mi ignorancia del mercado la que ha hecho cerrar mi colección. ¡Si no hubiera sido yo tan cabezota, tal vez aún podría seguir adaptando clásicos para niños! Me empeño en creer en los milagros, y suceden, pero... solo muy de tarde en tarde.

Si me permite salir del tema, me gustaría plantearle una cuestión que seguramente ya le han preguntado muchas veces: ¿Qué opinión le merece la formación actual en lengua y literatura de los planes académicos?, ¿qué cambios aplicaría?

El desastre de la mala formación literaria de los jóvenes de este país tiene su origen en los planes de estudio: no hay ninguna asignatura en la ESO que se centre en el estudio de los textos literarios. En todos los cursos hay una materia que se llama “Lengua y Literatura”, y en ella la Lengua (y la sintaxis) ocupa el lugar principal; no hay un estudio sistemático de las obras maestras de nuestra literatura. Hace ya cinco o seis años una alumna del último curso de Filología Hispánica creía que yo era ¡Rosalía de Castro! Y el disparate es fruto de esos planes de estudio absurdos que no tienen en cuenta la historia de nuestra literatura, la lectura de sus obras capitales. En el bachillerato que yo cursé en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, estudiaba literatura año tras año, y lo que es esencial, tenía que leer los textos literarios más importantes. Añadiré que me costaba leerlos, de ahí la absoluta necesidad de implantar las adaptaciones rigurosas, hechas por filólogos conocedores a fondo de las obras literarias que adaptan. Bastaba

que se introdujeran lecturas obligatorias de clásicos para que se mejorara de forma radical la formación de nuestros alumnos.

En estos momentos que se habla de crisis de las humanidades, nos lleva a pensar que quizás los últimos planes académicos han contribuido poco a fomentar un plan de lectura y una sensibilidad hacia las humanidades. ¿Qué opina al respecto?

El desastre, como le he dicho, arranca de la ESO y continúa en los planes de estudio de las siguientes etapas. De ahí que, como imitadora de don Quijote, vaya yo de escuela en escuela luchando contra los absurdos gigantes de los planes de estudio, disparatados; e intento convencer a los profesores que me ayuden y que introduzcan la lectura de los clásicos adaptados. En cuanto lo prueban, se dan cuenta del grandísimo avance que supone para la formación de nuestros niños, de nuestros adolescentes. Ellos solos no los leerán, pero si se los ponemos en sus manos y les descubrimos su belleza, ya nunca los olvidarán. Y así, poco a poco, renacería la sensibilidad hacia el estudio de las Humanidades. La clave –repito– está en la lectura de los grandes textos de nuestra Literatura, pero de forma placentera, no como un suplicio; es decir, a través de la lectura de una adaptación fiel y rigurosa. Y advierta que yo soy autora de muchas ediciones de clásicos y dirijo en la editorial Edebé una colección de clásicos (en versión original); pero ahora es tiempo de adaptaciones. Si logramos volver a subir los índices de lectura, tal vez podremos volver a los textos originales, pero siempre en los últimos niveles de la enseñanza.

En el año 2015 se celebra el V centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. La doctora Navarro es vocal de la comisión nacional del Año Teresiano y comisaria, junto con el carmelita Juan Dobado, de la exposición sobre Santa Teresa en la Biblioteca Nacional. Una de sus adaptaciones es la vida y obra de estagran escritora. ¿Cuáles serán sus tareas en estos actos? ¿Cómo les hará entender a los niños la importancia de Santa Teresa en nuestra literatura?

Antes de hablar de ello, quiero dejar constancia de que mi obra *La vida y obra de Teresa de Jesús contada a los niños* apareció en 2013 antes de que me nombraran miembro de la comisión nacional y co-comisaria de la exposición. Ya en 1984, ¡hace

treinta años!, había anotado para Clásicos Planeta una edición del *Libro de la vida* y de *Las moradas*, que había hecho mi profesor Antonio Comas.

En este momento estoy en las tareas previas de la exposición: escritura del guión, de los paneles, selección de las obras de arte que ilustrarán momentos esenciales de la vida y de la obra de Teresa de Jesús... Se llamará “La prueba de mi verdad”, que es un verso de la santa, y nuestro objetivo es poner de manifiesto la importancia de la lectura en la vida de Teresa y luego abrir sus maravillosos libros a todo el mundo. Incluso se está trabajando en un vídeo para visualizar algunas de sus metáforas esenciales. Y además le acompañará un cuidado catálogo, en el que han colaborado grandes especialistas.

Supongo que luego vendrá la organización de actividades; y digo “supongo” pues es la Biblioteca Nacional la que se encargará de ello, porque tiene que insertarlas dentro de su programación general. Sí hablamos de sesiones dirigidas a los niños, y me gustaría mucho poder intervenir en algunas de ellas aunque tendré que combinarlas con mis obligaciones académicas en la UB. Me es muy fácil hablarles a los niños de esta grandísima escritora: era una mujer muy inteligente, que luchó siempre sin desmayo por los objetivos que se había propuesto. Puedo hablarles de cómo aprendió a leer, a pesar de ser una mujer, hija de mercader acomodado de origen judío, y vivir en el siglo XVI, de 1515 a 1582, de que fue una apasionada lectora, de las dificultades que tuvo que superar, de cómo fundó ¡17 conventos! para que en ellos se pudiera vivir de forma ermitaña, acorde con la auténtica vida de monjas carmelitas; y al mismo tiempo para que tuvieran acceso a ellos las pobres y las de origen humilde, para que la nobleza y la riqueza no fueran condiciones determinantes en la vida conventual. Y muchas cosas más: que era una observadora magnífica de la naturaleza, que sabía jugar al ajedrez...¡y que era muy guapa y simpática y que se hacía querer por todo el mundo!

Profesora Navarro, ¿Qué libro le gustaría adaptar que todavía no ha tenido la oportunidad de hacerlo?

La crisis llegó cuando estaba yo a las puertas de la guerra de Troya, con Aquiles a punto de montar en cólera; o lo que es lo mismo: cuando iba a empezar la adaptación de la *Iliada*, y se quedó en el telar. No he perdido aún la esperanza de contar la historia de ese

valiente guerrero griego y de Héctor, el inolvidable príncipe troyano. Y tengo más, más, pero están en cola y hasta que no empiece a pasar la primera... no hay nada que hacer.

Para acabar, ¿Cuáles son los siguientes proyectos que tiene en el campo de la adaptación?, ¿y en sus otras áreas de investigación?

En enero de 2015 va a salir una nueva apuesta mía: el clásico por excelencia, nuestro querido don Quijote, esbozado como personaje para los más pequeños, y estoy hablando de niños de 4 a 6 años. Para mí ha sido una hazaña trazar su perfil en las dos partes de la obra y hacerlo en ¡30 páginas! Luego la letra grande y unas entrañables ilustraciones de Mercè Arànega le han dado el maravilloso cuerpo de libro para esos niños. ¡Ojalá les guste! Si todos ellos saben quién es Caperucita roja o Cenicienta, ¿por qué no pueden descubrir quién es don Quijote? Si lo hacen, ya no lo olvidarán nunca. Esa es mi meta: hacer que don Quijote se incluya en los héroes de ficción de los niños. Luego querrán saber más cosas de él, y podrán ir subiendo escalones hasta la cima que representa la obra original; y esos escalones son mis adaptaciones para niños y para estudiantes.

En mi investigación académica tengo entre manos varios proyectos: estoy terminando la edición de las tres continuaciones de *La Celestina* para un volumen de Biblioteca Castro, y tengo batallas pendientes que no pienso abandonar, por ejemplo, seguir recabando pruebas de la autoría de Alfonso de Valdés para *La vida de Lazarillo de Tormes*, de la que no tengo duda alguna. Y demostrar que una novela catalana del siglo XV, *Curial e Güelfa* está escrita en el siglo XIX por su supuesto descubridor, Manuel Milà i Fontanals. Y otros asuntos igualmente espinosos, pero apasionantes, que tengo en el tintero...

Dra. Rosa Navarro, gracias por su colaboración en la entrevista. Ha sido un placer ser testigo de su entusiasmo. Le diría lo mismo que aquel niño que recuerda en un momento de la entrevista cuando le dice que su hobby es su trabajo. Yo subrayaría que ha sabido combinar trabajo y pasión y con ello ha llevado a cabo una excelente labor de difusión de nuestros clásicos y de la literatura en general.